

EREBEA

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales

Núm. 11 (2021), pp. 11-20

ISSN: 0214-0691

<https://doi.org/10.33776/erebea.v11i0.6900>

NOTAS PARA UNA TEORÍA GLOTOPOLÍTICA

José del Valle

The Graduate Center, CUNY

RESUMEN

En este artículo se define la glotopolítica como perspectiva intelectual y se identifican sus posiciones teóricas en relación con el lenguaje. Esta definición, se afirma, supone una apuesta interdisciplinaria en la que la sociolingüística crítica busca activamente establecer relaciones dialógicas con disciplinas tales como la antropología, la filosofía, la historiografía o la sociología. En este sentido, el artículo aborda la visión del lenguaje del crítico literario y cultural galés Raymond Williams, y de las posibilidades metodológicas y teóricas que ofrece su concepto de palabras clave.

PALABRAS CLAVE

Raymond Williams; glotopolítica; sociolingüística crítica; política lingüística.

ABSTRACT

This article discusses the theoretical underpinnings of glottopolitical studies, defined as an intellectual perspective. Such definition, the author claims, entails an interdisciplinary commitment in which critical sociolinguistics actively searches for dialogic relations with disciplines such as Anthropology, Historiography, Philosophy or Sociology. Consistent with this goal, the article analyzes Welsh literary and cultural critic Raymond Williams' theory of language and the methodological and theoretical potential of his signature concept keywords.

KEYWORDS

Raymond Williams; glottopolitics; critical sociolinguistics; language policy; keyword.

Fecha de recepción: 12 de diciembre de 2021

Fecha de aceptación: 20 de diciembre de 2021

¿POR QUÉ *GLOTOPOLÍTICA*?

¿Por qué añadir una nueva palabra (y en este caso, además, una tan cacofónica) al repertorio de términos propios de los estudios del lenguaje? Si bien es cierto que todo proyecto intelectual, en la medida en que aspira a ofrecer una más detallada descripción y acaso una más fina explicación de un fenómeno, precisa de un léxico especializado, también lo es que el neologismo debe ser administrado con prudencia y economía. De lo contrario, las necesidades terminológicas de la especialización del conocimiento podrían derivar en un ejercicio de estilo que degenera en criptolectos profesionales que confieren una dudosa distinción a quien los domina; y podrían así incluso resultar en la construcción de barreras que dificultan el diálogo intelectual con proyectos afines.

¿Por qué *glotopolítica*, entonces, si ya existe *política lingüística*? Ya que en ambos casos se hace referencia simultáneamente a procesos lingüísticos y políticos, debemos aclarar la diferencia y justificar la distinción. Los estudios de política lingüística (PL) aspiran a la descripción y análisis de acciones humanas—generalmente inscritas en espacios institucionales—destinadas a moldear el perfil lingüístico de una comunidad. En esta subdisciplina se dan cita la descripción lingüística y sociolingüística de los modos de adquirir, hablar y escribir lenguas y el análisis del modo en que la reglamentación existente sobre el uso del lenguaje incide sobre el devenir del mismo (Ricento 2006, Spolsky 2012).

La *glotopolítica*, vista como una perspectiva intelectual más que como una subdisciplina, aborda fenómenos sociales cuyo perfil se explica, al menos parcialmente, por la acción simultánea e inseparable de lenguaje y política (Arnoux 2014, Del Valle 2017, Guespin y Marcellesi 1986). Es por ello que los estudios de PL evidentemente adoptan tal perspectiva. Esta, sin embargo, no es exclusiva de aquellos, pues los fenómenos *glotopolíticos* no son solo los que se han convertido en objeto de la PL sino que se ubican en un espectro de acciones, acontecimientos y procesos históricos mucho más amplio. Esto se debe, principalmente, a una concepción de la política que abarca no solo acciones institucionales o institucionalizantes que aspiran a controlar los resortes de un aparato de poder—especialmente el del Estado— sino también interacciones de toda índole en las que está en juego la constitución e internalización de identidades sociales (subjetividades) que intervienen en el reparto de un poder que se manifiesta en distintas escalas de institucionalización. Si, por ejemplo, la decisión de hacer oficial una lengua es un hecho *glotopolítico*, también lo es una conversación en que los turnos de habla se reparten de manera desigual entre hombres y mujeres. Si *glotopolítica* es la decisión de revitalizar una lengua históricamente minorizada, también lo es la expresión de un juicio negativo sobre el acento regional o social de una presentadora de televisión. Si *glotopolítica* es la decisión de emprender la estandarización pluricéntrica de una lengua, también lo es regular los géneros textuales en que se deben presentar las

conclusiones de las investigaciones académicas para que sean aceptadas como artículos en revistas profesionales.

La perspectiva glotopolítica parte por tanto de un concepto amplio de lo político en tanto que se puede manifestar en múltiples zonas y momentos de la experiencia humana; y de un concepto más reticular que vertical (*top down*) del poder en tanto que son múltiples las instancias en las que quienes participan de la acción social se juegan el acceso a recursos de distinta índole. A partir de esta visión del poder y lo político se apreciará una preocupación especial por el análisis de la desigualdad, de su producción y reproducción a través de la regimentación de la interacción verbal. La relación entre acciones políticas sobre la lengua y la desigualdad social tiene de hecho un carácter troncal en los estudios de PL. Y lo mismo ocurre con cualquier investigación de orientación glotopolítica: su condición crítica es definitoria. Por esto mismo, y ante la existencia bien establecida de estudios del lenguaje identificados con la etiqueta de «sociolingüística crítica» (Heller 2002), es legítimo preguntar qué aporta el término *glotopolítica*.

Para responder, se podría acudir al texto de Louis Guespin y Jean Baptiste Marcellesi, publicado en la revista *Langage* en 1986 y considerado fundacional de la reencarnación contemporánea del proyecto. Habría que identificar aquellos aspectos del mismo que lo singularizan, como por ejemplo el interés en los géneros discursivos y su rol en el reparto social de la palabra. Se podría también tratar de definir la glotopolítica de manera inductiva, revisando las publicaciones que en los últimos veinte años se han identificado con el término e infiriendo a partir de ellas los elementos diferenciadores. Si se analizaran por ejemplo los proyectos surgidos en torno a los grupos de la Universidad de Buenos Aires y la universidad pública de Nueva York CUNY (Arnoux y Valle 2010), se podría apreciar un interés especial en el valor de la la lectoescritura en la educación lingüística de las ciudadanías y en las luchas por la construcción de subjetividades entre procesos de construcción nacional, de integración regional y neocolonialismo. Un tercer criterio —al que quien esto escribe le concede prioridad— es el de identificar la glotopolítica como perspectiva interdisciplinaria y no como una subdisciplina o rama de la sociolingüística. Tal identificación supone que al trabajar glotopolíticamente se adopta una posición desde la cual se pueden observar ciertos fenómenos y no otros, se alcanza a ver las dimensiones de los procesos sociales cuyo perfil, como se dijo arriba, se explica al menos parcialmente por la acción simultánea e inseparable de lenguaje y política. Así entendida, la perspectiva glotopolítica evidentemente informa trabajos tales como el de Jürgen Habermas (1962) sobre la esfera pública y la acción comunicativa, el de Benedict Anderson (1983), Ernest Gellner (1983) o Eric Hobsbawm (1990) sobre la emergencia de la nación y el nacionalismo, el de Judith Butler (1990) sobre la performatividad y la identidad de género o el de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985) sobre la hegemonía y la lógica

populista. Ningunos de estas autoras y autores están instalados en el canon de la sociolingüística y, sin embargo, su trabajo, al ser glotopolítico, dialoga de manera muy directa con los estudios de sociolingüística crítica que adoptan esa misma perspectiva.

En suma, la glotopolítica es, por un lado, una posición intelectual que examina la participación del lenguaje en la organización de las redes de poder que caracterizan los procesos sociohistóricos y, por otro lado, un espacio del campo académico con cuya constitución se pretende estimular la confluencia interdisciplinaria en el estudio del lenguaje.

MIRADAS GLOTOPOLÍTICAS

Identificar la glotopolítica como perspectiva no nos libera de la responsabilidad de definir los criterios que la identifican, es decir, las concepciones de lenguaje y política que adoptamos a priori, que justifican mantener la inseparabilidad de ambos y que orientan nuestra mirada. Aunque hacer una genealogía teórica de la glotopolítica excede las dimensiones de un breve artículo, conviene al menos apuntar algunas de las figuras intelectuales y escuelas de pensamiento que ofrecen bases sobre las que construir el proyecto presente. En el siglo veinte, las ideas de los pensadores rusos Mijail Bajtín y Valentín Voloshinov sobre el lenguaje subrayaron el papel de este en la compleja organización de la sociedad y en la distribución del poder a través de la desigual valoración de voces coexistentes. En su heterogénea obra, Antonio Gramsci —dialectólogo de formación— ofreció reflexiones directas sobre la relación entre lenguaje y poder (véase la antología y estudio de Diego Bentivegna en Gramsci 2013). Buena parte del trabajo filológico de Ramón Menéndez Pidal afirmó también la condición social y política del lenguaje, al interpretar la variación dialectal como pugna entre normatividades asociadas a prestigios y posiciones distintas (véase la lectura que al respecto hace Del Valle 2021). Resulta también incuestionable el carácter glotopolítico de la integración que realiza el filósofo francés Michel Foucault del concepto de discurso en el estudio del poder que despliega a lo largo de su obra. Y ya hemos mencionado el carácter glotopolítico de las teorizaciones de Judith Butler sobre la identidad.

Más cerca de la lingüística como disciplina, se destacan el desarrollo de la pragmática por parte de C. S. Pierce, J. L. Austin y J. R. Searle, que afinó las tácticas hermenéuticas para el análisis contextual del lenguaje y de su función performativa; los estudios de Sociolingüística variacionista (de la mano de figuras como William Labov o Peter Trudgill), que ofrecieron detallados retratos de la correlación entre lenguaje y organización social; la Sociología del Lenguaje, que, con proyectos liderados por Einer Haugen y Joshua Fishman entre otros, puso el dedo sobre fenómenos glotopolíticos; y, por supuesto, la reafirmación

de la contextualidad y performatividad estudiada por los pragmáticos, con giros propios, en el interaccionismo de John Gumperz.

Evidentemente, la enumeración entraña el riesgo de hacer más visible lo excluido que lo incluido. Con todo, la lista anterior puede y debe tomarse no como representativa de un supuesto canon glotopolítico sino como una muestra del recorrido de lecturas de quien esto escribe en el devenir de su propio pensamiento glotopolítico. Dentro de este elenco, se encuentra otra figura acaso menos frecuentemente asociada al enfoque glotopolítico: Raymond Williams.

RAYMOND WILLIAMS (1921-1988), LOS ESTUDIOS CULTURALES Y EL LENGUAJE

Este crítico literario galés se destaca en la historia intelectual europea del siglo veinte por haber formado parte y contribuido de manera significativa a la escuela de estudios culturales que se forjó principalmente en torno a la Universidad de Birmingham a partir de los años sesenta. Bajo el liderazgo de intelectuales como Richard Hoggart y Stuart Hall, se desarrolló un proyecto que avanzaba una transcendental resignificación de la cultura. Por un lado, se proponía entenderla como conjunto de prácticas y artefactos semióticos implicados e incluso constitutivos de procesos sociopolíticos; y al hacerlo problematizaba tanto el concepto de Cultura asociado a saberes y quehaceres de la elite burguesa como la visión rígidamente superestructural del Marxismo clásico. Por otro lado, el mismo estudio de la cultura era identificado como acción ética y política, de ahí que se emprendiera además el análisis críticos de las fronteras convencionalmente aceptadas entre distintas formas de conocimiento.

Es en este contexto intelectual donde Raymond Williams desarrolla su proyecto. Lo que interesa en particular de su obra en el presente artículo es su afirmación de la centralidad del lenguaje para el estudio de la cultura. Partamos con una cita procedente de *Culture and Society* (1960) el libro que lo instaló en el centro de los debates intelectuales en torno a la cultura que tenía lugar en Europa a mediados del siglo pasado:

En las últimas décadas del siglo dieciocho y en la primera mitad del diecinueve, una serie de palabras, que son ahora de importancia capital, llegaron por primera vez al uso normal del inglés o, donde ya habían sido usadas comúnmente, adquirieron significados nuevos e importantes. De hecho, se aprecia un patrón general de cambio en estas palabras, que puede ser usado a modo de una suerte de mapa con el que es posible echar una mirada renovada a los cambios más amplios de la vida y el pensamiento a los cuales evidentemente remiten los cambios lingüísticos.

In the last decades of the eighteenth century, and in the first half of the nineteenth century, a number of words, which are now of capital

importance, came for the first time into common English use, or, where they had already been generally used in the language, acquired new and important meanings. There is in fact a general pattern of change in these words, and this can be used as a special kind of map by which it is possible to look again at those wider changes in life and thought to which the changes in language evidently refer (Culture and Society, 1958).

Aquí Williams empieza a formalizar un proyecto que establece la palabra como zona cero de la interpretación, y el análisis lingüístico como elemento principal de la apuesta metodológica. Cuando años después, en 1976, Williams publicó *Keywords*, presentó el proyecto ofreciendo una serie de reflexiones más sistemáticas sobre la relevancia del lenguaje. El capítulo introductorio se abría con el recuerdo de su retorno a Cambridge en 1945 tras su servicio al ejército durante la Segunda Guerra Mundial. Describe la extrañeza que le había producido el mismo entorno donde había vivido y estudiado apenas unos años antes. Describe concretamente su encuentro con un viejo compañero de estudios que, como él, acababa de regresar del frente:

Hablamos emocionados, pero no del pasado. Nos preocupaba demasiado ese mundo nuevo y extraño que nos rodeaba. Y de repente, al mismo tiempo, dijimos: ‘El hecho es que ya no hablan la misma lengua’.

We talked eagerly, but not about the past. We were too much preoccupied with this new and strange world around us. Then we both said, in effect simultaneously: ‘the fact is, they just don’t speak the same language’ (11).

Acaso la formación humanística de Williams mediara para que el desasosiego del retorno se manifestara a través del extrañamiento lingüístico. Pero el hecho es que, a partir de ahí, emprendió como trabajo doctoral un meticuloso examen del nuevo lenguaje atendiendo, de entrada, a la palabra cuya transformación él percibía con mayor intensidad y frecuencia: *culture*. Lo que Williams se proponía en aquel proyecto era realizar una historia de la cultura literaria europea, particularmente la británica, a partir del siglo dieciocho. Sin embargo, en lugar de asumir acríticamente una noción contemporánea de cultura y proyectarla hacia el pasado en busca de su manifestación, partía precisamente de la indeterminación del significado de *culture* para explorar las condiciones materiales que desde el siglo dieciocho explican su vibrato semántico.

Un conjunto de escritores y ensayistas británicos —como John Stuart Mill, Thomas Carlyle o D.H. Lawrence— constituyen la sustancia discursiva que Williams formaliza a través del seguimiento de la palabra *culture* y, como resultado

de la constatación del carácter dinámico y dialéctico del vocabulario en general, de la selección de cuatro palabras adicionales: *industry*, *democracy*, *class* y *art*. El abordaje que realizaba estaba atravesado por una forma de pensar el lenguaje que hacía imposible su estudio sin el concierto de otras dimensiones de la vida social. El análisis del corpus iba revelando una red de interacciones entre vocablos de sentido fluctuante, una suerte de *estructura* cuyas condiciones materiales de producción mostraban su integración en los problemas sociales del momento. Williams se refiere a este tipo de objeto como «el problema del vocabulario», un problema doble que se manifiesta, por un lado, a modo de pulsión por fijar el significado de palabras conocidas y, por otro, en el desarrollo de formas de significación —constelaciones de palabras y sentidos— a través de las que se pretendía no sólo discutir sino ver las experiencias centrales de un momento histórico dado.

A estas palabras me referí como *Keywords* en un doble sentido: son palabras significativas y vinculantes en ciertas actividades y su interpretación; son palabras significativas e indexicales en ciertas formas de pensamiento

I called these words Keywords in two connected senses: they are significant, binding words in certain activities and their interpretation; they are significant, indicative words in certain forms of thought (15).

Nótese que el giro que da Williams a la investigación lingüística no es meramente metodológico, sino que involucra simultáneamente a las tácticas hermenéuticas y a la teorización del lenguaje (podríamos decir que nos invita a problematizar la inserción disciplinaria e institucional de su estudio en un único marco disciplinario, el de la Lingüística). En el universo conceptual que construye, la palabra (la palabra *palabra*, podríamos decir) es investida de un sentido que se contrapone a la teoría objetivista del lenguaje al sugerir que los procesos de significación no existen afuera de la vida social y las luchas políticas. El diccionario, por ejemplo, pensado como discurso más que como texto, se interpreta como gesto normativo que ambiciona fijar significados por medio de una maniobra mucho menos impersonal (objetiva) de lo que aparenta. El llamado sentido *propio* o *estricto* de una palabra es interpretado como una victoria —acaso efímera, pero victoria— en una permanente pugna por canalizar la experiencia social, por naturalizar o desnaturalizar una experiencia social dada.

Es en *Marxism and Literature* (1977) donde encontramos más elaborada esta dimensión de la propuesta. En la sección dedicada al lenguaje Williams traza un arco histórico en el cual la teoría objetivista parte del Cratilo —de la separación platónica fundamental entre lenguaje y realidad— y se extiende hasta la teoría generativa formulada por Noam Chomsky (que, en los años setenta del siglo pasado, ganaba terreno en los departamentos de Lingüística de las universidades norteamericanas y algunas europeas). De entre las propiedades que a lo largo de la

historia van definiendo el objetivismo, Williams destaca la especularidad, es decir, el valor instrumental del lenguaje para representar —reflejar— un universo que existe afuera de él. Sería la función constativa o representacional del lenguaje. Sin embargo, Williams no presenta sin más la linealidad imperturbada del objetivismo sino que completa su composición discursiva con el contrapunteo que introduce la referencia intermitente a autores que abordan el lenguaje no como objeto sino como actividad. Vico, Rousseau, Herder y Humboldt aparecen en esta melodía, paralela y alternativa, que resalta el poder creativo del lenguaje y su condición de proceso constante y constantemente regenerativo.

La idea del lenguaje como actividad regenerativa es la vía por la que Williams se adentra en la tradición marxista que desea rescatar. Primero acude a *La ideología alemana*, donde Marx piensa el lenguaje como producción material primaria inexorablemente ligada a la necesidad y a la reproducción; como relación social *ab initio*, unida al trabajo como totalidad indisoluble. En segundo lugar, encuentra en la teoría del signo de Voloshinov otra pieza clave de su entramado teórico: la relación entre significante y significado es convencional, efectivamente, pero no arbitraria. El tránsito de la sustancia fónica o gráfica a la forma semiótica se regenera en cada interacción en relación de dependencia mutua con las confrontaciones sociales y laborales, con la organización social del trabajo. Por ello, el signo, en tanto que proceso material de producción de sentido, exhibe una perenne fragilidad, una inestabilidad semiótica que es partícipe e incluso protagonista de las tensiones en que se desarrollan las dinámicas sociales y políticas asociadas a la desigualdad.

HACIA UNA TEORÍA GLOTOPOLÍTICA

En definitiva, la teorización y uso del lenguaje como zona privilegiada para el análisis cultural avanza el principio de que no hay acción semiótica sin tensión social, y no hay tensión social sin acción semiótica. La historia de la relación entre los procesos sociales y el lenguaje, lejos de ser simplemente especular y lejos incluso de ser instrumental, es una historia integrada en la que la organización del trabajo, la constitución de sujetos políticos y la institucionalización de las prácticas ocurre, en palabras de Williams, «dentro del lenguaje» (22). Esta visión que ofrece Williams, y en la que resuena el pensamiento de Valentín Voloshinov, ofrece una base conceptual para la elaboración de una teoría glotopolítica. En la medida que la acción verbal se concibe como interaccional, se afirma su naturaleza social y su inscripción desde el mismo momento de la enunciación en un universo sionormativo. Es esta condición fundamentalmente social, inestable y normativa del lenguaje lo que lo hace inseparable de las acciones en las que se movilizan identidades sociales en nombre del acceso a los recursos y la lucha por el poder.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso.
- Arnoux, E. N. de (2014). Glotopolítica: delimitación del campo y discusiones actuales con particular referencia a Sudamérica. En L. Zajícová y R. Zámec (Eds.), *Lengua y política en América Latina: perspectivas actuales* (pp. 19-43). Univerzita Palackého v Olomouci.
- y Valle, J. del (2010). Las representaciones ideológicas del lenguaje. Discurso glotopolítico y panhispanismo. *Spanish in Context*, 7(1), 1-24. DOI: 10.1075/sic.7.1.01nar
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Cornell University Press.
- Gramsci, A. (con D. Bentivegna [trad., estudio preliminar y comentarios]) (2013). *Gramsci: Escritos sobre el lenguaje*. UNTREF.
- Habermas, J. (1962 [1989]). *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Cambridge: MIT Press.
- Heller, M. (2002). *Éléments d'une sociolinguistique critique*. Didier.
- Hobsbawm, E. J. (1990). *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge University Press.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985 [1987]). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI.
- Ricento, T. (Ed.) (2006). *An Introduction to Language Policy: Theory and Method*. Backwell.
- Spolsky, B. (2012). *The Cambridge Handbook of Language Policy*. Cambridge University Press.
- Valle, J. del (2017). Glotopolítica y normatividad. *Anuario de glotopolítica*, 1, 17-39. <https://glotopolitica.com/2018/04/19/anuario-2017-1/>
- (2021). Ramón Menéndez Pidal: Entre el archivo y el ágora. *Anuario de Glotopolítica* 4. <https://glotopolitica.com/aglo-4/delvalle/>
- Williams, R. (1960). *Culture and Society. 1780-1950*. Anchor Books.
- (1976). *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. Croom Helm (Routledge).
- (1977). *Marxism and Literature*. Oxford University Press.